

1806

J. RAO

# LOVAINA

CONFERENCIA

DADA EN EL TEATRO MUNICIPAL DE LIMA

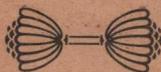
EL VIERNES 6 DE OCTUBRE DE 1916

POR EL SEÑOR

*PAUL DELANNOY*

PROFESOR Y BIBLIOTECARIO

DE LA UNIVERSIDAD DE LOVAINA



LIBRERÍA E IMPRENTA GIL. — LIMA

BANCO DEL HERRADOR NOS. 569 A 579

1916

376.513  
D53.

*Hommage de l'auteur*

*Delanno*

# LOVAINA

CONFERENCIA

DADA EN EL TEATRO MUNICIPAL DE LIMA

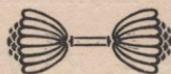
EL VIERNES 6 DE OCTUBRE DE 1916

POR EL SEÑOR

**PAUL DELANNOY**

PROFESOR Y BIBLIOTECARIO

DE LA UNIVERSIDAD DE LOVAINA



LIBRERÍA E IMPRENTA GIL. — LIMA

BANCO DEL HERRADOR NOS. 569 A 579

1916

# COMITÉS NACIONALES PERUANOS

PARA LA RESTAURACION

DE LA

**Biblioteca de la Universidad de Lovaina**

BAJO EL PATROCINIO

**de los Excmos. Señores:**

**L. GUISLAIN,**

*Ministro de BELGICA;*

**H. des PORTES de la FOSSE,**

*E. E. y Ministro Plenipotenciario de FRANCIA;*

**Cav. Uff. Ruffillo AGNOLI,**

*E. E. y Ministro Plenipotenciario de ITALIA;*

**Ernest A. RENNIE,**

*E. E. y Ministro Plenipotenciario de GRAN BRETAÑA.*



806  
MAY 1947

## COMITÉ CIENTÍFICO

---

### PRESIDENTE:

*Prado y Ugarteche, Javier*—Rector de la Universidad.

### VICE-PRESIDENTE:

*Gonzáles Prada, Manuel*—Director de la Biblioteca Nacional.

### MIEMBROS:

*Balta, José*—Presidente de la Sociedad Geográfica.

*Cornejo, Mariano H.*—Catedrático de la Facultad de Letras.

*Deustua, Alejandro*—Decano de la Facultad de Letras.

*Fort, Michel*—Director de la Escuela de Ingenieros.

*Manzanilla, José Matías*—Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas.

*Maurtua, Víctor M.*—Catedrático de la Facultad de Jurisprudencia.

*Miró Quesada, Antonio*—Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas.

*Odriozola, Ernesto*—Decano de la Facultad de Medicina.

*Riva Agüero, José de la*—Catedrático de la Facultad de Letras.

*Romero, Eleodoro*—Decano de la Facultad de Jurisprudencia.

*Ulloa, Alberto*—Diputado.

*Villarán, Manuel Vicente*—Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas.

### SECRETARIO:

*Cisneros, Carlos B.*—Secretario de la Sociedad Geográfica.

## COMITÉ FINANCIERO

---

### PRESIDENTE :

*Villarán, Manuel Vicente*—Presidente del Directorio del Banco del Perú y Londres.

### VICE-PRESIDENTES :

*Morkill, J.*—Representante de la Peruvian Corporation.  
*Payán, José*—Director General del Banco del Perú y Londres.

### MIEMBROS :

*Boero, Dr. José*—Presidente de la Colonia Italiana.  
*Hammond, H.*—Jefe de la Casa Graham Rowe y Co.  
*Jacomet, León*—Presidente de la Colonia Francesa.  
*Kiefer Marchand, V.*—Delegado de la Cruz Roja Francesa.  
*Kitsutani, S.*—Jefe de la Casa Kitsutani y Co.  
*Mason, M.*—Jefe de la Casa Duncan Fox y Co.  
*Mori, Yasusaburo*—Cónsul General del Japón.  
*Pedrazzini, G.*—Gerente del Banco Italiano.  
*Poinsotte, Paul*—Gerente del Muelle y Dársena.  
*Prado y Ugarteche, Mariano I.*—Gerente de las Empresas Eléctricas Asociadas.  
*Solar, Amador del*—Presidente del Senado.  
*Stockman, Raymond*—Director General de la Sociedad Anónima Belga para Comercio e Industria.

### SECRETARIO :

*Delboy, Alberto*—Cónsul de Bélgica.

### TESORERO :

*Isola, Gio Batta.*

---

---

En el año 1425 se fundó en nuestras provincias de Bélgica recientemente unidas, la Universidad de Lovaina; era el primer centro de estudios creado en los países del norte; su acción fué preponderante en el movimiento científico y literario en la Europa entera. 126 años más tarde, en 1551, a iniciativa de Tomás de San Martín vió la luz en Lima, en la nobilísima y muy leal ciudad de los Reyes, la Universidad de San Marcos. Fué la chispa, que hizo brotar las luces de la enseñanza en toda la América.

Hoy conservan ustedes, con celoso cuidado el culto de vuestras antiguas glorias; extraeis del suelo las riquezas de épocas lejanas y misteriosas de la historia; cada una de vuestras casas, por decirlo así, es un museo, donde son ordenados con ciencia y método los tesoros de un arte incomparable de fineza y de perfección; por todas partes se siente uno impregnado de recuerdos y de vestigios del importante papel efectuado por éste país en los destinos de la América Latina. El contacto inteligente de un pasado glorioso, aviva el culto del ideal, e infla los corazones de esperanzas inmortales. ¡Qué medio tan atrayente y simpático para quien viene a entreteneros de los tesoros de ciencia, arte y arquitectura con que el genio de sus padres ha enriquecido el suelo de su país y que os pide proteger contra la bárbara e inútil destrucción el patrimonio que nos es común!

Esas similitudes históricas, esa comunidad de pensamientos, de sentimientos, de esperanzas y la profunda e irresistible afinidad de la vieja sangre latina, han creado entre este país y el mío, lazos de amistad inalterables.

Así es, como ustedes han sentido tan profundamente el dolor de aquellos que después de haber llorado sus bienes y su libertad, se han visto arrebatados los tesoros que constituían sus títulos de nobleza.

Tengo la confianza, la certidumbre, que esta amistad y estos sentimientos de los que he recogido la expresión sincera en tantos tratos privados están ustedes dispuestos a manifestarles solemnemente a darles una forma concreta y tangible con el mismo orgullo que lo han hecho todas las otras repúblicas de la América Latina.

Debo una palabra de profunda gratitud a las altas personalidades intelectuales de vuestro hermoso país, que han comprendido con notable inteligencia la importancia de la obra y de la idea que estoy encargado de difundir por el mundo. El Instituto de Francia, que ha hecho suya la obra de la restauración de la biblioteca de la Universidad de Lovaina, ha encontrado en ellos colaboradores resueltos y sagaces; y cuando llegue el momento de afianzar solemnemente los primeros principios de la civilización, que jamás debieron ser desconocidos, la América Latina ocupará un lugar de preferencia en la gran liga de honor de la humanidad pensante.

Los comités nacionales que agrupan en un haz maravilloso todas las fuerzas vivas de la nación, darán a nuestra obra una sólida base y le permitirán simbolizar dignamente una alta idea moral entre las más elevadas; su primer cuidado ha sido organizar esta reunión para permitirme establecer contacto y dar con vosotros en los mismos pensamientos y en las mismas aspiraciones. Doy

gracias a los Comités por el celo activo y clarovidente que han desplegado, desde su formación, y a todos, señoras y señores, os agradezco las simpatías de que le rodeáis.

Las horas que hoy vivimos son terribles. El presente sólo es carnicería, crueles duelos, angustiosas separaciones; y más allá de ese cuadro de horror, el derecho, la justicia, la verdad, todas las virtudes que ennoblecen a la humanidad derrumbadas, ultrajadas, pisoteadas orgullosamente por la fuerza triunfante. El porvenir es triste e incierto, no porque el resultado final de la lucha sea dudoso; el conflicto sólo tiene de variable su duración; pero la reconstitución completa de Europa y del mundo entero, por todos conceptos, exigirá la resolución de tantos problemas complejos, difíciles y de ejecución lenta y laboriosa, que no podemos encarar esa gigantesca obra sin preguntarnos, si el mundo entero estenuado, hallará energías suficientes para llevarla a feliz término. Sólo el pasado se nos ofrece con aspecto halagador: y el estudio de él derrama en nuestras almas saludable bálsamo de confianza y de esperanza. La Francia, que ha escrito en el gran libro de la historia las páginas más bellas de honor y de heroísmo, la Bélgica, que, siendo tan pequeña y habiendo estado explotada durante varios siglos por las grandes potencias, se hizo independiente por sí misma, y ha asombrado al mundo con su prodigiosa actividad, ¿no cifran recuerdos bienhechores, que, por encima de los horrores del presente, iluminan lo porvenir con resplandores inmortales?....

Señoras; señores: Siendo mi objeto promover en vuestro país la obra de reconstrucción de un gran centro científico, no puedo hacer nada mejor que invitaros a recorrer conmigo algunas páginas de un pasado glorioso entre los que más. Las lecciones de la historia son eternas: las horas gloriosas sucediendo a las horas difíciles, las horas de resurrección después de las horas de dis-

persión, todo el pasado nos garantiza lo porvenir, y reanimando nuestras esperanzas, a todos nos señala el camino que debemos seguir.

\*  
\* \*

La ciudad de Lovaina, situada en el corazón mismo de Bélgica, es etapa natural del camino que, por Colonia y Brujas, pone en comunicación las regiones del Rhin con el mar. Por eso desde el siglo XI la pequeña población, agrupada en torno del Castillo y la Iglesia, se convirtió en centro comercial.

Bajo el régimen comunal la ciudad de Lovaina se desarrolló considerablemente, tanto que en el siglo XV superaba en extensión a las cuatro ciudades más grandes aquende los Alpes: París, Colonia, Lieja y Gante; algunos historiadores elevan la cifra total de población, en aquella época, a cien mil y hasta ciento sesenta mil almas.

La fabricación de tejidos era la industria principal de la ciudad de Lovaina, había en ella alrededor de 3,000 telares; los paños color escarlata, los tapices, los moletones, los lienzo o bocacís, y sobre todo la pasamanería de oro, de plata y de seda, tejidos en Lovaina, eran célebres en toda Europa.

Para resguardar los telares y los depósitos de tejidos de la intemperie, la magistratura urbana mandó construir el año 1317 un gran mercado (*halle*) de aspecto sombrío y severo, pero de gran sobriedad y pureza de estilo.

El exterior de aquel monumento no presentaba nada notable: las fachadas tenían numerosas puertas: trece grandes, y otras muchas más pequeñas. No se advertía en la ornamentación de aquellas puertas la profusión de asuntos arquitectónicos y la riqueza de

adornos que caracteriza las portadas de las grandes catedrales de la época: la arquitectura civil era entonces mucho más sobria y más severa que la religiosa. No obstante eso, la disposición de las puertas era del todo análoga a la de las puertas de la catedral de Reims: el alero terminado por un florón y recayendo sobre una cornisa, dos capiteles terminados por florones y descansando sobre cornisas, los tímpanos calados, era sencilla, pero perfecta copia del estilo borgoñón en sus líneas principales.

En el interior había dos grandes salones comunicados por anchas mampáras. Armoniosas arcadas, en forma de bóveda, apoyadas en columnas, dividían cada uno de los salones en dos naves.

A pesar de las numerosas transformaciones que se hicieron en el edificio, desde el siglo XIV hasta nuestros días, uno de los salones se había conservado en su primitivo ser.

Las sólidas vigas del techo eran de encina, se apoyaban en cornisas decoradas con fondos de lámpara de dibujo firme, rudo, vigoroso, tan raros que difícilmente se encuentran otros semejantes, de la misma época, en nuestro país.

Un ser fantástico, por ejemplo; una cabra con cabeza de hombre; cabeza monstruosa, las cejas formadas por una línea de perlas adelgazándose sobre las sienas; la boca, de labios muy gruesos, abierta en ancho rictus; enorme bigote, formando con las patillas dos amplios bucles que guarnecen las mejillas, los pómulos muy salientes; las orejas monstruosas y muy peludas están pegadas a las sienas; del labio inferior pende, a guisa de barba, un girón que cae en rígidos pliegues hasta la parte inferior del fondo de lámpara.

Más allá una figura humana acurrucada; vestida de una túnica y cubierta la cabeza con un gorro; tiene la mano derecha ceñida al cuello y mira atentamente;

en la mano izquierda sostiene una tablilla. Estamos probablemente en presencia de uno de los arquitectos de los Halles. En aquellos tiempos los artistas acostumbraban estampar de esa extraña manera sus firmas, lo mismo en los monumentos que en los cuadros.

El más hermoso adorno de las cornisas del Hall eran dos bustos de dos caballeros vestidos de cota de malla: uno de ellos tenía una corona ciñendo la frente. Dos escudos, adornados con una cruz el uno, y con una flor de lis el otro, separaban a los dos caballeros.

La arquitectura del antiguo mercado de Lovaina revela claramente la doble tendencia del arte monumental de nuestro país en aquella época; por un lado la influencia de la arquitectura borgoñona se manifestaba netamente en la rudeza de las esculturas y en el aspecto salvaje de los asuntos; por otro, ciertas líneas graciosas ciertos motivos de estilo más delicado, delatan una tendencia a la emancipación de las influencias extranjeras, revelan claramente los primeros tanteos de un arte nacional e independiente.

Pocos monumentos habían en Bélgica que tuvieran más definitivamente impresa la huella tan característica de aquel período de transición: en la mayor parte de las esculturas se advertía el esfuerzo del alma y del cincel del artista dirigidos hacia un arte original. Volviendo la vista a lo pasado, a través de los siglos e imaginando el edificio aquel en el medio que le vió nacer, se podía apreciar de que suerte la evolución del arte en los pueblos, se efectúa paralelamente con la de la política y la de la nacionalidad.

Porque nuestra nacionalidad estaba también, en aquella época, en el período de gestación. Los principados en que estaba fraccionado nuestro territorio, no pudieron resistir más tiempo a la lógica de una situación geográfica ni a la voluntad de los feudos que despertaban a la conciencia de sus intereses comunes; era una corriente,

general ya, en todo el resto de Europa: cansada de luchas intestinas y de la dominación de los pequeños señores, aspiraba a romper las ligaduras estrechas del particularismo, para poner sus intereses bajo la égida, más segura, de los grandes estados. La obra de la unificación política se realizó en nuestras provincias bajo la dinastía de los duques de Borgoña; y los estados del Brabante—de los cuales era Lovaina la capital—vinculándose los primeros a la casa de Borgoña, arrastraron en pos de ellos las otras provincias a la constitución de un estado nuevo, entre los pueblos germanos y los pueblos romanos.

El nuevo estado existía, ya formado, en el siglo XIV; pero aun le faltaba el cemento que debía unir entre sí los elementos dispersos de la nacionalidad, darles más cohesión y poner al edificio en condiciones de desafiar las tempestades. Por una parte la diversidad y la incoherencia del espíritu provincial dejaba indecisa la concordancia entre las almas y los corazones, y por otra la formación intelectual y artística de nuestros compatriotas, se operaba bajo influencias recibidas del extranjero, que imponían a sus obras la falta de originalidad. Para establecer la unidad de la nación, los espíritus tenían que beber en las fuentes de una enseñanza superior y nacional, y los corazones habían de coincidir en los mismos sentimientos y en las mismas aspiraciones.

Los elementos dirigentes de la joven Bélgica comprendieron la necesidad urgente de la fundación de un centro intelectual de nuestras provincias.

El antiguo esplendor de la ciudad de Lovaina empezaba a decaer; feroces luchas entre patricios y plebeyos habían arruinado el comercio; los fabricantes de tejidos habían emigrado a Holanda y a Inglaterra. Se le presentaba a la ciudad del Brabante ocasión propicia, única, para poder lograr días de prosperidad. Y al cabo de muchas gestiones las autoridades ganaron su causa y

así fué como la ciudad, de donde salió el primer soplo de unidad política, fué elegida para estampar sobre la carta constitutiva de nuestros Estados el sello indeleble de un carácter nacional e independiente.

La Universidad de Lovaina, quedó desde entonces convertida en guardadora del espíritu y de las tradiciones de libertad y patriotismo, cuyo florecimiento maravilloso había ella favorecido. Cuando, bajo cualquier régimen extranjero, opresor y tiránico, fué necesario defender girón por girón nuestros privilegios, cuando se hizo necesario proteger los espíritus contra la invasión lenta y hábil de doctrinas perversas—el febronianismo y el cesarismo, importados de Austria—la Universidad de Lovaina, no dejó de cumplir su misión. Su historia, bajo la dominación austriaca, rayó en la epopeya, y quien recorra sus episodios dramáticos, no es posible que se asombre de ver la tenáz resistencia que oponen a las exacciones germanas, los que en la pobre Bélgica de hoy, mantienen viva la llama del patriotismo y la esperanza de la próxima liberación.

Siempre la primera en recibir los ataques del enemigo, la Universidad respondió con valor sin igual; a través de siglos de crisis y de lucha, veló con extremado celo por los esplendores preciosos de una nación, su carácter nacional y su patrimonio intelectual; y cuando en 1830 los primeros albores de la independencia alumbraron el horizonte tan nebuloso de nuestro territorio e hicieron latir los corazones henchidos de esperanza, fué también de la capital intelectual de Bélgica—en la que se habían conservado las viejas tradiciones de independencia—de donde salió el gran aliento libertador.

Con la nacionalidad belga, definitivamente constituida, el arte nacional adquirió un aspecto nuevo y un carácter de verdadera independencia; las influencias extranjeras se desvanecieron, y el artista buscó instintivamente en las obras de sus predecesores, modelos de

perfección incomparable. La pintura y la arquitectura, belgas, desde entonces, llegaron a lo prodigioso; y nuestros artistas crearon maravillas, nunca en ninguna parte igualadas. Al lado de sus Halles, de estilo sobrio y particularísimo, Lovaina poseía las dos creaciones más puras de la brillante época de nuestro arte nacional: la Colegiata de San Pedro y el Hotel de Ville.

El año mismo de la fundación de la Universidad en 1425, se comenzó la obra de la Colegiata de San Pedro. En 1434 estaba terminado ya el coro: pero los trabajos de la iglesia duraron hasta principios del siglo XVI. Torres de estilo, resplandecientes, debían coronar el edificio y darle la grandeza de las más notables catedrales; pero varios derrumbes sucesivos dieron motivo para que se abandonara aquel proyecto y el monumento conservó siempre el aspecto de una obra sin concluir. La torrecilla del centro encerraba uno de los más hermosos *carrillones* del país, construido en 1709 para la abadía del Parc. El crucero era de una arquitectura soberbia, formando un gracioso abanico, de capillas que rodeaban el coro. Una capillita, colocada entre los contrafuertes, estaba dedicada a la bienaventurada Margarita de Lovaina, pobre sirvienta de posada que prefirió la muerte al deshonor.

El interior presentaba un conjunto impresionante por la elegancia de las proporciones, el armonioso lanzamiento de las curvas de las bóvedas, la pureza de las líneas.

La colegiata de Lovaina encerraba tesoros artísticos. Dos obras de piedra simbolizaban maravillosamente el nuevo arte nacional, rico y abundante de adornos, acabado, gracioso, en sus cinceladuras; un tabernáculo construido por Mateo de Layens, el arquitecto del Hotel de Ville, era una ligera torrecilla piramidal cuajada de esculturas; y el porche, con tres arcos ojivales, sosteni-

dos por esbeltas columnas, cubiertas de miriadas de estatuitas.

Era también de admirar en la colegiata, un púlpito verdaderamente magnífico de madera prodigiosamente tallada, y un arco del renacimiento, adornado de puntillas, de festones, de guirnaldas y de medallones.

Al mismo tiempo que los arquitectos, nuestros pintores nacionales formaron muy luego una escuela independiente; la corte del nuevo estado llegó a ser el punto de cita de artistas incomprables, tales como los dos Van Eyck, Rogelio Van der Weyden, Thierry Bouts, Hugues Van der Goes. Thierry Bouts pasó treinta años de su vida en Lovaina; pintó allí dos obras maestras para la iglesia de San Pedro: la "Cena"—considerada el lienzo más hermoso de los muchos que dejara, y una de las joyas más puras de la escuela flamenca, y una obra impregnada de misticismo, de ese misticismo profundo y concentrado de las almas del norte, el misticismo sin exuberancias de la edad media—el "Martirio de San Erasmo", tríptico cuyos ventanales representan San Jerónimo y San Bernardo: una obra menos acabada, pero de colorido brillante y bello.

Acababa de ser terminado el *Hotel de Ville* de Bruselas, cuando las autoridades de Lovaina decidieron construir un edificio que lo aventajara en riqueza y elegancia; se dirigieron a un joven arquitecto, cuya obra maestra ha inmortalizado el nombre: Mateo Layens.

Comenzadas las obras del edificio en 1448, quedaron terminadas en 1463. Ningún monumento de nuestro país es testimonio más brillante de los recursos del genio nacional en toda su pureza; fué la vuelta completa a las tradiciones de finura, de perfección y paciente trabajo de los pintores primitivos, en el adorno de sus cuadros y a las tradiciones de ricas y elegantes cinceladuras de los orfebres de la edad media. En sus largas descripciones artísticas e históricas de las regiones de Europa,

los historiadores del siglo XVII y del XVIII llamaban al Hotel de Ville de Lovaina “Palacio de encajes” o “Palacio de las hadas”. Y en efecto, es un verdadero hechizo aquel conjunto indescriptible de estatuitas, de bajo-relieves, multiplicados hasta lo infinito: era un armonioso enlazamiento de balaustradas, de capiteles, de columnitas, de torrecillas. Pero en su conjunto el edificio no da impresión de superfluidad en el decorado ni de lujosa pesadez. Diríase que un espíritu de perfecta armonía, está compenetrado en toda aquella riqueza escultórica, y la levanta y la lanza esbelta y ligera hacia el cielo.

La Universidad de Lovaina debía alcanzar muy pronto un grado de prosperidad incomparable. Había nacido en una época decisiva de la evolución de la cultura humana.

Las sombras de la Edad Media se disipaban lentamente; en todo se advertía lo ridículo y lo insuficiente de los métodos tradicionales, que encerraban todos los ramos del saber humano en un cuadro estrecho y formalista; por doquier sentíase intensa la necesidad de una innovación completa intelectual, moral, religiosa y económica. La ciudad brabantina se convirtió en uno de los más poderosos centros, de donde salió el generoso soplo que debía dar al espíritu humano todo su vuelo. Erasmo, el maestro incontestado, pasó en Lovaina muchos años consecutivos y reunió en torno de él un núcleo de hombres de letras y de humanistas que ejercieron enorme influencia en la innovación de los métodos de enseñanza. Con el apoyo del mecenas Busleiden de Malinas, fundó en Lovaina el colegio de las tres lenguas, cuya fama fué mundial y que sirvió de modelo para la formación del Colegio de Francia.

Desde entonces Bélgica fué el asilo más seguro, y más frecuentado de los estudios clásicos; los humanistas alemanes organizaban peregrinaciones literarias a Lovai-

na; las grandes universidades de Europa se disputaban los maestros salidos de las aulas de la escuela belga; en aquella época en que la ciencia formaba una entidad internacional en la que todos los que sabían leer a Cicerón o chapurrear unas cuantas frases en latín se consideraban como hermanos, los sabios de todos los países y de todas las lenguas se daban cita en la ciudad brabantina.

Erasmo, en el apogeo de su gloria, sentía subir hasta las habitaciones del Colegio del Lys, que ocupaba, una corriente de elogios de toda la Europa científica; en términos imborrables describió los beneficios de la ciudad brabantina, su clima saludable y templado, su paz perpetua, en la cual nada turbaba los trabajos del espíritu, las meditaciones abstractas y profundas. Orgulloso de la obra, cuyos cimientos había puesto, escribía el año 1521: “La escuela de Lovaina no va en zaga a ninguna otra, más que a la de París, y no sé si la cultura literaria ha echado allí raíces tan profundas como aquí”.

Las largas luchas teológicas entabladas por los doctores de Lovaina contra las doctrinas de la Reforma, dieron en aquel tiempo más esplendor todavía a la universidad belga. Con sus diarias discusiones, con sus innumerables escritos,—cartas, pasquines, panfletos—y sobre todo por el símbolo de doctrina ortodoxa, que el emperador Carlos V mandó enseñar al pueblo por todos los predicadores, nuestros teólogos opusieron un dique infranqueable a la ola de revolución religiosa, salida del monasterio de Wittemberg; salvaron del protestantismo al occidente latino.

Y no fué aquel un conflicto de carácter puramente religioso: el aparato de fórmulas y de doctas sentencias disimulaba apenas el conflicto más profundo, cuya áspera tenacidad nos ha conducido hasta las grandes luchas de hoy día.

En la época en que por la vuelta a las fuentes greco-

latinas, nuestra cultura daba su forma concisa y definitiva, en la época en que la invasión de doctrinas autoritarias y orgullosas amenazaba nuestra civilización cristiana en su misión de dulzura y humildad, Lovaina fué el baluarte avanzado para detener los primeros embates del enemigo hasta en las regiones nebulosas del Norte.

Justo Lipso—el maestro más ilustre de Lovaina en el siglo XVI, contaba en las filas de la Universidad hasta 8.000 estudiantes; 43 colegios distribuían la vida y la animación en las estrechas y tortuosas calles de la antigua ciudad brabantina.

Algunos años después de su fundación, fué instalada la Universidad en el mercado de tejidos abandonado por el comercio; pronto sintióse oprimida en el antiguo monumento, poco apropiado para dar cabida a numerosos oyentes. En el siglo XVII se hicieron obras para ensanchar y acomodar el local al mismo objeto. Todo el edificio fué elevado. Aquel enorme piso añadido a un monumento del más puro estilo del siglo XIV presentaba por el exterior un efecto desastroso desde el punto de vista artístico.

El interior se componía de cuatro inmensos locales abovedados, que tenían comunicación entre sí por un majestuoso salón de paso.

Muy pronto la biblioteca de la Universidad tomó extensión considerable; para darle un asilo, digno de las maravillas que encerraba, se construyó a principios del siglo XVII un edificio perpendicular a los halles, cuyo piso formaba un local grandioso. Ningún salón de biblioteca aventajaba ni por su aspecto imponente ni por la riqueza del decorado, los de aquella maravilla del Renacimiento.

Un soberbio enmaderamiento de ensambladura de admirable concepción y de ejecución muy cuidadosa, cubría las paredes; pórticos de columnas con doseles soste-

nían estatuas de los más célebres filósofos y escritores. Un techo guarnecido de artesones de estuco, el piso entarimado de encina y una puerta de hierro, de labor muy notable, completaban el conjunto.

El aumento siempre renovado de material de la biblioteca, obligó a la Universidad a abandonar las inmensas aulas de los pisos de los mercados, que fueron transformadas en almacenes de libro; una sala de las antiguas aulas, la de medicina, fué conservada en su primitivo estado, con sus estantes, sus tribunas, sus bancos y los cuadros que la adornaban: servía de salón de grados y en ella era donde con todo el esplendor de la antigua etiqueta se celebraban las sesiones solemnes y los memorables exámenes que sufrían los teólogos, los filósofos y los historiadores para serles conferido el título de doctor.

El inmenso salón central de paso, fué transformado en sala pública de lectura; una galería de los cuadros más interesantes desde el punto de vista histórico y artístico, adornaba los enormes muros de aquella sala de lectura. Allí estaban los retratos de los profesores, de los doctores ilustres y de los benefactores insignes de la antigua Universidad. Todo el glorioso pasado de la escuela de Lovaina sobrevivía en las figuras más austeras y profundas de aquellos maestros, que parecían ligados a nosotros por vínculos misteriosos y secretos.

Los fundadores de nuestra Universidad, el pontífice Martín V y Juan IV, duque de Brabante, las grandes figuras de nuestra dinastía nacional, los grandes sabios que honraron las cátedras de Lovaina y cuyos nombres brillarán siempre en el firmamento de la ciencia, Andrés Vesale, el creador de la anatomía, Adriano VI, el gran papa de la Reforma, Erasmo, Justo Lipse, Jansenio, el de la máscara de asceta, el español Vives, y otros doctores más humildes, educadores concienzudos de la juventud, de los cuales éramos los únicos

que conservábamos cuidadosamente el recuerdo; los caballeros de la Edad Media, con sus brillantes corazas de hierro; los caballeros del Toisón de Oro, con sus majestuosos trajes; todos perecieron en la criminal hoguera.

Cuando a mediados del siglo XVIII, las tropas francesas pusieron sitio a la ciudad de Lovaina, los parlamentarios enviados para tratar de la rendición de la plaza fueron por equívoco condenados a muerte por las fuerzas avanzadas de la guarnición. Irritado por esa violación del derecho de gente el mariscal francés dió orden de destruir la ciudad. Todas las súplicas e influencias fueron vanas hasta el momento en que Rega se presentó delante del mariscal y le suplicó de preservar del desastre una ciudad donde se hallaban reunidos tantos tesoros artísticos y científicos. Rega ganó su causa y la ciudad fué salvada esta vez.

Desde hacía algunos años, la biblioteca se había acrecentado considerablemente: ocupaba todo el edificio de los mercados universitarios.

Basta recordar el papel tan importante representado en la historia por la Universidad de Lovaina, para formar idea de las riquezas encerradas en la biblioteca: un millar de manuscritos, libros de coro con miniaturas artísticas, trabajos ascéticos de la Edad Media, piezas innumerables correspondientes a la historia del ducado de Brabante, la bula de fundación de la Universidad, todos los archivos de la antigua escuela, los sellos de las antiguas facultades, medallas conmemorativas, cartas y cuadernos de humanistas y profesores de la época gloriosa del Renacimiento; un millar de incunables interesantísimos y muy raros, entre ellos ejemplares únicos, de hojas salidas de las primeras prensas de imprimir, instaladas en la ciudad universitaria; una inmensa biblioteca, conteniendo—tanto manuscritas como impresas—todas las luchas religiosas de la Reforma; otra que encerraba en cantidad innumerable de

piezas y volúmenes las querellas tan vivas del Janse-  
nismo, en las cuales nuestra Universidad tomó parte  
muy activa; y además una magnífica biblioteca moder-  
na, compuesta de 300 mil volúmenes.

Todos esos tesoros acumulados lentamente al cabo  
de siglos de trabajo, fruto de investigaciones pacientes  
de varias generaciones de pensadores, desaparecieron  
para siempre en una noche de criminal locura; y el edi-  
ficio suntuoso que había conocido tantos días de gloria,  
no es ya más que un montón de ruinas, en medio de la  
desolación de la antigua ciudad brabantina! . . .

\*  
\* \*

Después de este ligero esbozo del pasado, no me queda sino serviros de guía en medio de la desolación de hoy.

El saqueo de la ciudad de Lovaina principió la noche del 25 al 26 de agosto de 1914 después de ocho días de ocupación pacífica por las tropas alemanas. La ciudad se hallaba tranquila, las relaciones entre las autoridades militares alemanas y las autoridades civiles comunales habían sido corteses; todas las armas de los ciudadanos habían sido entregadas a las autoridades. Las tropas belgas del recinto fortificado de Amberes habían efectuado una salida y habían rechazado victoriosamente a las tropas alemanas que se retiraban en desorden hasta la ciudad de Lovaina; los soldados alemanes que guardaban la ciudad suponiendo una entrada de los tropas belgas se adelantaron hácia sus compañeros; la noche estaba oscura, hicieron fuego, y hubo varios muertos; inmediatamente para ocupar el equívoco se gritó en todas partes: los civiles han disparado y el saqueo de la ciudad comenzó esa misma noche.

El calvario de la ciudad de Lovaina duró nueve días;

podemos distinguir dos suplicios distintos: el suplicio de las personas y el suplicio de las cosas.

No entra en el cuadro de mi conferencia de revivir el largo suplicio de la población de Lovaina: las descargas de fusilería estallando derrepente en las calles principales de la ciudad, familias enteras enterradas bajo las ruinas de sus casas, el jueves 27 de agosto toda la población obligada a abandonar la ciudad, los hombres separados de las mujeres y los niños, los unos expulsados en medio de los más atroces tormentos hacia todos los caminos de Bélgica, los otros conducidos hasta Colonia y expuestos a la furia de la población excitada. Durante este tiempo la ciudad se abandonaba a las tropas y el suplicio de las cosas continuaba, lento, sabio, sistemático; duró nueve días, del 25 de agosto al 2 de setiembre. La primera noche los Halles universitarios, la Colegiata de San Pedro, el Palacio de Justicia y los principales monumentos del centro de la ciudad habían sido presas de las llamas; durante los días siguientes todos los cuarteles aristocráticos de la ciudad fueron primeramente pillados y después incendiados. Me ha sido dado bajo la protección de un holandés de permanecer uno de esos nueve días en Lovaina, he visto los cadáveres calcinados en los quicios de las puertas; he oído los suspiros de las víctimas que agonizaban bajo las ruinas en sus habitaciones, he visto millares de papeles calcinados que volaban en el campo; he visto a los soldados penetrar en las casas y salir con el botín que habían escogido y trasportarlo a la estación del ferrocarril donde los trenes los conducían a Alemania; en la noche después que la calle había sido pillada, el incendio principiaba nuevamnte; fué así como fueron incendiados voluntaria y criminalmente más de 2000 casas de la ciudad y de los suburbios.

Voy a recorrer con Uds. ese itinerario lúgubre, mostrando las principales ruinas de la ciudad de Lovaina.

En cuanto a los "Halles" universitarios, fueron in-

cendiados de la manera siguiente: por la gran ventana del fondo de la gran sala de libros, los soldados alemanes echaron con bombas benzina sobre el pavimento de madera; después, prendieron fuego a la benzina mediante cohetes incendiarios y el incendio estalló a la vez en todas partes.

En cuanto a la Colegiata de San Pedro:

Durante la noche trágica del 25 de Agosto se incendió el campanario central, y de allí se propagó el fuego a la bóveda de la Colegiata, que se desplomó; al mismo tiempo una porción de sillas que estaban amontonadas en el coro, delante del altar mayor y en todas las capillas laterales, formaban focos de combustible, en los cuales hizo presa el incendio en seguida. Las obras de arte que no fueron destruidas, quedaron deterioradas. Afortunadamente las capillitas que rodeaban el coro habían sido olvidadas; y en ellas precisamente estaban los dos cuadros de Thierry Bouts que fueron halladas después del incendio, marcados sólo por la huella de las llamas.

Una palabra sobre los supuestos franco-tiradores belgas: fuera de lo que he expuesto anteriormente acerca de la entrega de las armas de los civiles en manos de la autoridad, uno de mis colegas me contó lo siguiente después del incendio: salía de su casa la noche del crimen, cuando fué atropellado por soldados alemanes que subieron al segundo piso de la habitación y se pusieron a disparar tiros en el aire. En seguida, otros soldados contestaron desde la calle, gritando que se disparaba desde las ventanas de la casa. Esto es lo que los alemanes llaman la "guerra de los franco-tiradores" en Bélgica.

En las puertas de las casas que los alemanes querían proteger, habían puesto avisos como éste: "nicht plündern" "no saquear". Las más de las veces, estas exhortaciones no fueron observadas. He visto centenares de casas destruidas donde se podía descifrar todavía, en

lo que quedaba de las puertas: “Gute Leute, bite schön”, “Buena gente, se ruega respetar”.

En cuanto a la plaza de la estación, se han desenterrado 96 cadáveres de civiles del sitio que rodea la estatua y que fueron enterrados precipitadamente la primera noche del crimen.

\*  
\* \*

Señoras, Caballeros:

Quiero prescindir de toda palabra de violencia y de acritud, pero si logro relegar las palabras de indignación que se vienen a mis labios, no puedo contener la muda protesta que brota de las ruinas humeantes; no puedo ahogar el dolor profundo e inacible de las cosas inertes, de tantos testimonios vivos del genio de nuestros padres y de los que en vano buscaremos la huella, cuando se haya calmado la tempestad que sopla llamas y fuego sobre nuestras comarcas.

Desde la fundación de Bélgica hasta nuestros días, como os lo he dicho precedentemente, los españoles, los austriacos, los franceses, los holandeses han hecho la guerra a nuestras libertades, a nuestros principios, a nuestras ideas; pero han respetado nuestros recuerdos y nuestros tesoros. La cultura alemana tiene procedimientos más bárbaros; ella soñó destruir todo, el pasado y el presente, con el fin de que al convertirse en dueña del mundo no quedara otro vestigio de civilización más perfecta que la suya. Sueño insensato, que los bárbaros mas ancestrales de la historia, en su sed instintiva de destrucción no tienen responsabilidad de haber concebido y preparado cuidadosamente. Después de años de lenta gestación henchida de orgullo ridículo y exaltada en un sueño de superioridad quimérica, la germania ha producido este monstruo.

Si las gentes honradas no pueden defender sus bienes contra la tea incendiaria, tienen sin embargo el goce de ver agruparse en derredor suyo, todos los amigos de la civilización para colocar un estigma eterno en la frente del militarismo destructor. Desde luego, un pasado glorioso, como el de la escuela de Lovaina no desaparecerá en una hoguera sacrílega; apenas se hayan extinguidas las llamas criminales que ya aparecen más radiantes que nunca los rayos inmortales que iluminan de una aureola sagrada, las grandes escuelas que han cimentado los fundamentos de nuestra civilización.

Tan cierto es que el hombre con su inteligencia y con su voluntad, creadora del bien y del progreso, puede trazar en el vasto campo de la humanidad un profundo surco, sin que todas las potencias materiales acumuladas sean bastante para borrar su huella.

A la luz bienhechora de la historia comprendemos, como a un resplandor trascendental, nuestros deberes y nuestras obligaciones; todos nos alcanzan, puesto que hemos heredado el mismo patrimonio artístico y científico, así como las mismas tradiciones de honor y de virtud.

Y tengo el vivo placer de dirigirme a ustedes, ciudadanos de una nación, rica en recuerdos históricos y radiante de esperanzas inmortales. Por la voz de la sangre, son ustedes los guardianes de tradiciones de honor y de virtud, que florecen sobre el suelo de la Europa latina; por la voz de la sangre, en ustedes y por ustedes debe perpetuarse el gran pensamiento de Atenas y de Roma, que ha guiado la humanidad a la luz de sus geniales invenciones desde hace más de veinte siglos. Me dirijo a ustedes y os pregunto si dejaréis *desmoronarse* poco a poco a merced de los cataclismos humanos, la herencia artística y científica que nos legaron nuestros padres; os pregunto si permitiréis que se derrumben bajo los golpes de la barbarie, los primi-

tivos fundamentos de nuestra civilización. La obra más sabia y mas eficaz de destrucción, es la que mina el edificio por su base. Lo sabían, como dan fé todos los testimonios, aquellos que han premeditado friamente el crimen de Lovaina; ¿no es cierto entonces, que la cuestión reviste un carácter más grave, que la pérdida de tesoros, por ricos que ellos sean? ¿Pues en fin, de dónde provienen los principios y las ideas que constituyen la base de nuestras sociedades actuales? ¿De dónde provienen nuestras libertades tan queridas y tan sagradas? ¿De dónde provienen tantas virtudes que solo germinan en nuestro suelo, que necesitan para desarrollarse de una atmósfera especial de encanto y de dulzura, cualidades innatas e instintivas que nos ha legado la generosa sangre latina?

Todos esos incomparables beneficios han sido extraídos de fuentes vivificadoras, de donde todos los días se extraen nuevas lecciones de civilización; han sido elaborados por siglos de progreso y de trabajo, y han sido regenerados por los enérgicos impulsos del Renacimiento y de la Revolución francesa. Y si se rompen los lazos entre lo pasado y el presente ¿no se derribarán como frágil esquife, rota la amarra y librado a la furia de las olas?

La humanidad entera, de todas las razas, de todos los países, de todas las lenguas y de todas las religiones, tiene el deber de precaverse contra esos vahos de salvajismo que la manchan, al propio tiempo que la despojan de los más hermosos testimonios de su genio y secan los manantiales vivos de donde manan día a día nuevas lecciones de progreso y de civilización. Esa voluntad enérgica de preservar nuestro patrimonio, el Instituto de Francia, la institución científica más antigua y más gloriosa del mundo, nos invita a todos a afianzarla altamente, reedificando, en donde todos han sufrido la pérdida de un bien común, un grandioso monumento.

Para la reconstrucción de ese monumento es que vengo a pedir os vuestra ayuda; vengo a pedir os también de depositar allí los productos de vuestra actividad científica, artística, literaria, económica; en cada etapa que recorreréis en la ruta del progreso, os pido de depositar ese testimonio entre nosotros; así, con el concurso de todas las naciones, renacerá de sus cenizas la antigua fortaleza latina, y sus ramificaciones se extenderán en todos los continentes; la pequeña Bélgica recibirá como en depósito sagrado el fruto de la cultura mundial, y después de haber sido la primera en los sufrimientos y el honor saldrá más grande en el concierto de las naciones. Así el monumento construído en Lovaina se convertirá en símbolo de una idea civilizadora, testimonio de solidaridad intelectual de los pueblos verdaderamente cultos, salvaguardia viviente de los tesoros del mundo, que por la historia de su origen, recordará a las futuras naciones beligerantes—porque ¡ay! las habrá siempre!—los principios que, hasta en el paroxismo de la pasión, es siempre bárbaro desconocerlos y violarlos.

